

## De cómo murió Matías Pena

Alexis Burgos\*

### Resumen

Un joven lumpen del conurbano, de esos que usan gorrita como los oficinistas que no son el jefe usan corbata, amanece ahorcado en una comisaría. La historia es esa; no hay mucho más. Porque es exactamente así: el joven hace todo lo posible para ser arrestado, es arrestado y después decide ahorcarse incluso contra su propio instinto de supervivencia. Amanece ahorcado, entonces: muerto en la comisaría.

Cuando se dispusieron en la Seccional 2<sup>a</sup> de Lanús a descolgar al joven ninguno de los policías llamó al servicio formal de emergencias. En cambio, llamaron a un servicio de terceros que tardó casi una hora en llegar, y le indicaron a la médica que reviviera al joven, que “todavía estaba calentito”. La médica intentó pero no logró nada. Dijo que, en su experiencia, así morían los “drogones”.

El método empleado para llevar a cabo esta investigación es el de la *investigación periodística*. Y el presente trabajo es una versión reducida de la tesis obra del autor para la Maestría en Periodismo Documental de UNTREF.

**Palabras clave:** crónica, tesis de maestría, policía.

---

\* Alexis Burgos es Magister en Periodismo Documental. UBA / UNTref. E-mail: aburgos@sociales.uba.ar

El 14 de octubre de 2012 se anunció públicamente que “el caso Matías Pena” estaba cerrado. Que el pibe se había matado, que no había duda. Que ningún policía había matado al joven, y que la carátula de “Averiguación de causal de muerte” podía ser reemplazada -sin que la conciencia de nadie chillara- por, simplemente, “Suicidio”. La familia de Pena podría haber apelado, pero decidió no hacerlo. A Cherro Smetniasky, el abogado, le pareció mal. Pero, ¿para qué iban a apelar, si lo mismo les iba a ir mal?

Repasar los hechos puede ser una buena idea. Matías Pena nació en el conurbano bonaerense, el más violento de los conurbanos, cuando la más sangrienta de las dictaduras argentinas recién empezaba a terminar. Sus padres eran adictos en los más rabiosos años del SIDA, aquellos que dieron lugar a tantas películas e historias. El padre se fue de la casa tan pronto como terminó de engendrar hijos, y para entonces la madre apenas podía ir a su trabajo en una fábrica de Pompeya al fondo.

Cuando los ejecutivos de Coca-Cola entendieron que lo más eficaz sería echar a la señora de Pena fue que la familia, ya sin padre, instaló un kiosco en Remedios de Escalada, Lanús, con el dinero de una indemnización que los obreros de Cutral-Có utilizaron en los mismos años para comprar camionetas 4x4 y los ferroviarios de Gerli -o San Fernando, o Ituzaingó- para montar remiserías o canchas de padel. Ese kiosco, que todavía existe bajo el nombre *Gonçalves*, era realmente pequeño: tenía un frente de menos de un metro cincuenta de ancho cuyo mostrador rebatible permitía entrar al local (no había otra puerta) y bajar la persiana metálica. Adentro, el calor alcanza hoy cuando el aire acondicionado decide no arrancar los 43°C. La configuración es la misma de entonces, por lo que puede inferirse que a principios de los noventa la cosa funcionaba igual, pero sin a/c. No puede decirse que fuera el lugar ideal para encender un cigarrillo de marihuana o para entrar en viajes paranoides inducidos por alguna raya de *merca*. Así y todo, fue allí donde Matías empezó a tomar. Y a fumar. Algunos dicen que incluso a vender. La policía está de acuerdo y por eso cerró, bajo jurisdicción de la seccional Lanús 4ª, técnicamente emplazada en Remedios de Escalada, en 1995 y en 1996 el local. En el expediente no lo dice, pero es probable que

Matías estuviera al frente del negocio cuando lo cerraron. Un kiosquero vecino de la zona que, según sí dice, se encargó del negocio del porro cuando cerraron el fondo de comercio de los Pena, jura que el problema fue netamente económico. “Si al paraguayo de mierda ese no le ponías la guita que te pedía te hacía mierda. No le cabía un alfiler en el orto”, dijo al respecto del comisario a cargo entonces de la comisaría en cuestión.

Después del kiosco vino el fin para la escuela secundaria, los primeros trabajos en las lonerías de la zona y un amor que de adolescente tenía poco con Samanta Ibáñez, una *piba* que le presentaron los amigos. Su amiga Jimena dice que Matías Pena estaba dispuesto a matar por Samanta, y que Samanta estaba todo el tiempo en problemas. Y en la cama de otros hombres: una combinación explosiva.

A Samanta, en cualquier caso, no se la puede culpar de mucho. Tiene una madre golpeada y un padre fletero que en sus años mozos fue policía de la federal. El hombre entregó su arma y sus dos hijos varones a la fuerza cuando cambió la gorra por una F-100 con caja mudancera, y en Lanús son muchos los que saben de él únicamente que un día, con un arma que a cuatro de los cinco consultados le resultó enorme, casi mata a un chico en la salida norte de la estación de Lanús (este) porque estaba de novio con su única hija mujer. Los pocos que conocen a Samanta fueron compañeros de ella en el colegio Luis Piedrabuena, o simplemente frecuentaron el bar New Bar después de que Cristina Fernández de Kirchner asumiera la presidencia de la Nación.

La relación de Samanta y Matías era, según Samanta, muy violenta. Según los amigos de Matías, paranoide en lo que a los celos respecta. Las peleas eran frecuentes, y Matías solía patearla en la espalda, no sin antes tomar carrera, cuando ella miraba televisión pero él estaba enojado. Ninguno de los dos se juraba fidelidad, y para principios de 2010 no había nada que los uniera más que la certeza de no tener ningún lugar donde correr.

La noche del miércoles 3 de marzo de 2010 los encontró, cómo no, peleados. Samanta, en un esfuerzo denodado porque las cosas mejorasen, sugirió que compartiesen la cama y hasta que cenaran juntos previa charla con la mujer de Roberto Omar “El rosarino” Ortega, uno de los dueños del New Bar. Samanta tenía un

objetivo claro: la mujer del rosarino es psicóloga social, y ella buscaba que pudiera conocer a Matías con la esperanza de que los pudiera ayudar a estar mejor. A nadie le gusta la violencia familiar.

Sin embargo, aquella noche Matías una vez más dijo que no. Tenía otros planes, que empezaban en la pizzería “Los helechos”. La pizzería de la esquina, como suele decirse en el conurbano, que quedaba a 30 metros de su casa. Su intención original, al menos según lo cuenta Samanta y también David Guelfi, su amigo y por entonces patrón (era el dueño de la lonera “Guelfi” en la que Pena trabajaba), era volver temprano y estar fresco la mañana siguiente en el trabajo. Guelfi compartía el 10% de la ganancia en los trabajos que hacían por fuera de la infraestructura de la lonera, y la mañana del jueves 4 habían pactado una cita -que, como se sabe, nunca ocurrió- con una tía de David que les representaría un ganancia más abultada.

Lo que ocurrió después puede parecer, al menos a primera vista, confuso. Sin embargo, es una historia bastante lineal siempre que el relato no sea, como también se dice en el conurbano (particularmente en la zona sur), *envenenado*. Matías, su amigo Pablo y David tomaron alrededor de cinco cervezas mientras veían perder al equipo de primera división de Lanús contra un rival que no era digno del menor respeto. Nadie aceptó el flan con dulce de leche -este último fabricado en la escuela agrotécnica “Don Bosco”, donde varios jóvenes de Brandsen le escapan a los estragos que el menemismo hizo en casi todas las zonas de casi todo el país- que el mozo les ofreció, pero en cambio sí pensaron Matías y Pablo en otro postre. David Guelfi se fue al cumpleaños de otro amigo, también de nombre Pablo, que se hacía en el club Sarmiento al que todos los amigos de Pena insisten en decir que fueron con Matías. Empero, y como se sugiere más arriba, el Pablo de la pizzería “Los helechos” y Matías fueron *derecho viejo* al cabaret Marilyn (en Lanús pronuncian *Marylín*, y se apropian con alegría de cualquier referencia a Marilyn Monroe). Matías no tenía suficiente dinero para *pasar*, pero Pablo invirtió todo y pasaron los dos. Había que olvidar el 1-2.

Lo del capitalista fue rápido; fugaz. Matías, en cambio, necesitó mucho más tiempo. Dos veces Samanta lo interrumpió: la primera en los prolegómenos y la

segunda en plena fanfarria. La primera Matías la despachó, la segunda le contó la historia del club Sarmiento y -como disculpándose- dijo que la gente con la que él estaba a ella no le caía bien. Fin de la conversación.

El turno terminó mucho después de lo que Pablo estaba dispuesto a esperar, así que él se fue a bajar los efectos de la droga que había tomado con Pena con los últimos pedazos de carne que quedaban en la parrilla del Sarmiento. Cuando Matías salió ya era tarde, y como era absolutamente cierto que la mañana siguiente debía trabajar fuerte se fue a su casa. En el camino encontró a su mujer besando alocadamente a un extraño -“Pensamos que estaban cogiendo. Les gritamos desde atrás de la ventana y ahí entendimos que se estaban besando”, dijo el dueño de la casa cuyo ventanal, vaya fortuna, da a la parada del Expreso Villa Galicia- y entonces perdió los estribos.

El desconocido en cuestión es Santiago Matías Emanuel Aquino, hijo de un célebre contador de la zona. En el expediente se habla durante un buen tiempo de “Gonzalo”, dado que Samanta no sabía su nombre con precisión los policías nunca le dieron entrada ni le tomaron los datos en la comisaría como sí dicen que hicieron. Fue el abogado Smietniasky el que descubrió de quién se hablaba realmente: como dijimos, ni Samanta pudo dar indicios fehacientes al respecto del nombre. A Matías Pena, en cambio, sí le dieron entrada cuando, a los tumbos, llegó a la comisaría Lanús 2ª después de correr a Santiago y casi molerlo a palos. No le robó nada, pero sí intentó morderlo. El amigo con quien Santiago pensaba ir de pesca dijo que Aquino temía que Pena estuviera infectado [de HIV] y que por eso quisiera morderlo.

Santiago estuvo un largo rato en la comisaría tratando de relajar con las risas del personal uniformado la tragedia que intuía que se le venía encima. A los policías les parecía particularmente gracioso que el joven se viera metido en semejante lío “solo por un beso”. Santiago pudo correr a su casa en el momento en el que Matías empezaba a destrozar los vidrios del New Bar, que aparentemente estaba vacío. Son varias las fuentes que han sugerido que los dueños estaban adentro, no con Samanta sino administrando otros asuntos más rentables. Lo comprobable es que el sereno del

estacionamiento vecino, un gordo al que todos llaman “El uruguayo”, se acercó para intentar parar a Matías, que había arrancado un cantero de cemento y que intentando conseguir partirlo para poder tirar mejor había roto una ventanilla del Polo bordó de uno de los dueños del bar. No pudo, y llamó al 911. La policía llegó en tiempo récord, pero Pena ya se había ido a buscar un teléfono que le permitiera saber qué tenía Samanta para decir. El patrullero del teniente Velásquez encontró a un Matías resignado, casi llorando, sentado en el piso contra la pared con el tubo de un teléfono público portátil -de esos que solían ser tan fáciles de encontrar en maxikioscos- todavía en la oreja. Y con una mano tapándose los ojos.

Según algunas versiones, los policías que se llevaron a Pena (que no ofreció resistencia: la vida pareció haber dejado de tener sentido para él luego de esa conversación telefónica) por segunda vez en una misma noche dijeron algo que permitiría pensar en que el padre de Samanta, por decirlo de alguna manera, se cansó y “mandó a matar” a Matías. El único testigo del hecho es el kiosquero, que no habló ni con este cronista ni con la policía.

En la comisaría Matías fue encarcelado en el calabozo de contraventores sin ninguna asistencia médica previa. Santiago Peirano Muñoz estaba detenido por el delito de escalamiento, y era el único despierto al momento de entrar Pena a la celda. Santiago sabe a qué hora llegó Matías porque prendió su televisión con cable para chequear. Le ofreció “agua, jugo o algo para comer”, pero Matías no quiso nada. Le dijo, en cambio, que estaba muy mal por lo que había pasado con su novia. Santiago lo vio tranquilo. Y en algún momento se quedó dormido (en su declaración dice que “un pibe”, alguien que compartía el calabozo con él pero de quien no hay registro, habría apagado la TV). Se despertó con unos ruidos que le sonaron a “alguien que está haciendo gimnasia” cerca de las 3.50, y pensó que Matías estaba haciendo un *flash tumbero*. Unos minutos después lo vio morir.

Nadie acudió a la zona de los calabozos, porque como se verá más adelante la comisaría no contaba con el personal ni las condiciones edilicias mínimas para tener personas encarceladas, hasta que los dueños del New Bar fueron, para decirlo lisa y

llanamente, a ver quién había osado atacar su local. No hay ninguna otra razón por la que los comerciantes debieran estar en la comisaría: habían dado aviso de que su local había sido violentado, y la policía había apresado al atacante. La justicia, ciega y sorda, seguiría su camino; el seguro obligatorio pagaría los daños. Si los comerciantes estaban allí no era porque alguien los hubiera llamado. Pero el oficial Velásquez, luego de que lo presionaran, fue a abrir la jaula de contraventores para traer a Matías. Y entonces necesitó a Ángel y a Roberto como testigos de su muerte. Pena llevaba colgado veinte minutos, y hasta que los policías consiguieron testigos e imágenes pasaron entre 3 y 10 minutos más. Entonces lo descolgaron y trataron de reanimarlo, pero no consiguieron nada.

La ambulancia de servicio privado de emergencias a la que llamaron desde la seccional no tuvo éxito tampoco. La doctora de turno, Nélide María Yusti, nunca supo que Pena se llamó Matías, pero utilizó sofisticados eufemismos para referirse a su muerte. El texto literal del certificado de visita es el siguiente: “Siendo aproximadamente las 4.55<sup>†</sup> del día de la fecha he asistido a Dante Pena, quien se encontraba sin signos de vida aparentes. Se realizaron maniobras de recuperación cardiopulmonar sin resultado positivo”. En lapicera y con otra grafía alguien agregó en el espacio disponible “Matías” antes de “Dante”.

---

<sup>†</sup> Nótese que según los testimonios policiales, de los dueños del New Bar y de los detenidos en la comisaría al momento de la muerte de Pena el joven habría dejado de respirar alrededor de las 4.00.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Amar Sánchez, A. (1992): *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora

Barthes, R. (1973): *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Barthes, R. (1983): *Ensayos críticos*, Barcelona: Seix Barral.

Caimari, L. (2004): *Apenas un delincuente*, Buenos Aires: Siglo XXI

Elias, N. (1993): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Ford, A. (1999): *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires: Norma.

Klossowski, P. (2005): *Nietzsche y el círculo vicioso*, Buenos Aires: Ediciones Terramar

O'Connor, F. (1998): *The habit of being. Letters of Flannery O'Connor*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.

Rotker, S. (2005): *La invención de la crónica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Schmirnajer, A. (2009): *¡Arriba las manos!*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Verón, E. (1995): *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires: EUDEBA.

Vilker, S. (2006): *Truculencia*, Buenos Aires: Prometeo libros.

Williams, R. (1980): *Marxismo y literatura*, Barcelona. Península.

Zizek, S. (2005): *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

### **Bibliografía de referencia**

Colela, R. (2000): *La construcción de lo erótico en Cerdos & Peces y El libertino*, tesina N°813 de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires.

Martini, S. *La prensa gráfica argentina: reflexiones sobre la calidad periodística, la información "socialmente necesaria" y la participación ciudadana en las agendas sobre el delito.* Web Diario sobre diarios, <http://www.diariosobrediarios.com.ar/dsd/images/martini.pdf>.

Martini, S. (2000) *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires: Norma

Sacomanno, G. (2007): *El escritor de policiales*, edición facilitada por el autor en diciembre de 2007.

### **Bibliografía específica del tema**

Alarcón, C (2003): *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*. Buenos Aires: Norma

----- (2010): *Si me querés quereme transa*. Buenos Aires: Norma

Bolaño, R. (1996): *La literatura nazi en América*. Buenos Aires: Seix Barral.

----- (2012): *Los sinsabores del verdadero policía*. Buenos Aires: Anagrama.

Cecchi, H. (2000) y Solano López, F. (ilustrador), *Mano dura. Crónica de la masacre de Villa Ramallo*, Buenos Aires: Colihue.

Dutil, C. y Ragendorfer, R. (2005): *La Bonaerense. Historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires: Booket.

Ragendorfer, R. (2006): *La Bonaerense 2: La secta del gatillo*, Buenos Aires: Booket

Salazar, A. (1990): *No nacimos pa' semilla: La cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Medellín: CINEP.

Symns, E. (2005): *El señor de los venenos*, Buenos Aires: El cuenco de Plata

Vargas Llosa, M. (2006): *Diccionario del Amante de América Latina*. Barcelona: Paidós.

Walsh, R. (2003): *¿Quién mató a Rosendo?* Buenos Aires: De la Flor.

Walsh, R. (1998): “La secta del gatillo alegre (serie)”, en Walsh, Rodolfo, *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*, Buenos Aires: Planeta.